

Bienestar animal: ¿realidad o ilusión?

GISELA VICO

Recientemente, tuve la oportunidad de participar en un congreso sobre bienestar animal en la Universidad del Estado de Michigan, Estados Unidos. Las conferencias fueron muy variadas, sin embargo tenían puntos de encuentro, entre los cuales deseo destacar la calificación que recibió el bienestar animal: ciencia multidisciplinaria.

La preocupación inicial sobre el estado de los animales en el mundo occidental, en los años setenta, se limitaba al estado físico, al cuerpo del animal. Por ello, los profesionales que solían tener voz en esa materia eran solo pertenecientes al círculo de los médicos veterinarios. Posteriormente, el bienestar animal se amplió al estado de la mente del animal, lo que obligó a las personas interesadas en el tema a enfrentarse a preguntas como: ¿sienten?, ¿qué les causa placer?, ¿qué les infunde temor? Estas preguntas rompían los esquemas tradicionales biológicos y abrían las puertas a reflexiones más profundas, éticas y filosóficas, si se quiere. Los médicos veterinarios, en general, no reciben preparación académica en este sentido y es así como otros profesionales se abrieron camino en el mundo del bienestar animal.

Sin embargo, la interacción entre el cuerpo y la mente no se queda ahí y su evolución permite distinguir un elemento más en la unidad que constituyen: la naturaleza, que invita a ver a los animales integralmente. En otras palabras, el animal pasa de ser una simple propiedad a ser un ser sintiente y con individualidad.

Entendemos, entonces, que es imposible conocer y entender a un animal si se separan sus componentes básicos: cuerpo, mente y naturaleza. Cada uno de ellos puede recibir una definición, como, por ejemplo, adscribirle a la naturaleza la capacidad de movimiento y la de desarrollarse de acuerdo a un patrón típico de comportamiento según la especie; a la mente se le puede encajar el dolor, la inconformidad, el estrés psicológico; al cuerpo su mortalidad, su estado físico. Sin embargo, dependiendo del contexto donde se analice al animal, al cuerpo puede otorgársele la capacidad de movimiento, al igual que a su estado de mente. El estrés psicológico puede afectar su naturaleza, así como su cuerpo.

Pareciera, pues, que si lográramos responder a la pregunta de cómo entender la naturaleza del animal podríamos relacionar los otros dos aspectos, porque se cree que el comportamiento típico del animal constituye su bienestar. Cuerpo, mente y naturaleza: tres componentes básicos para hablar de ética animal.

Resulta quizás alentador conocer uno de los resultados de una pequeña encuesta que presentó el filósofo Paul B. Thompson, profesor de la Universidad Estatal de Michigan, que mostraba que la mayoría de personas (46%) creía que la preocupación por la naturaleza del animal garantizaba en mayor grado su bienestar, un 40% consideró que la mente, y tan solo un 14% que el cuerpo.

Pese ha haber sido el cuerpo aislado el primer “objeto” de preocupación, ahora se entiende que la naturaleza del animal y su estado anímico, esas características que lo hacen un ser único, tienen más importancia y son simplemente inseparables. Hasta aquí, los avances en bienestar animal parecen ser una realidad.

Durante el congreso, el filósofo Paul B. Thompson también presentó un estudio que determinó que las gallinas ponedoras que carecen de vista tienen niveles más bajos de estrés por hacinamiento, es decir, pueden permanecer en espacios más poblados sin modificar negativamente su comportamiento. Las gallinas que pueden ver requieren de más espacio y, en consecuencia, no presentan el “ahorro” que suele buscar el productor.

Ante situaciones como ésta el bienestar animal entra en una dimensión que me gustaría llamar *desconocida*, no solo por los dilemas que se presentan sino también por considerar que el animal humano realmente tiene la capacidad de entender a los animales no humanos, respetarlos y darles el lugar que se merecen.

En conversaciones que se suscitaron en torno a modificar genéticamente a las gallinas para hacerlas ciegas, y así mantener a más animales por metro cuadrado, se plantearon las siguientes preguntas: ¿Es realmente repudiable quitarle la vista a las gallinas o será nada más que por el valor que el ser humano le ha dado a la vista que eso se considera inadmisibles? ¿Qué sucede con el despunte de picos?, ¿sentimos lo mismo cuando las gallinas se someten a estos tratos

La autora, abogada, es presidenta de la Asociación Nacional para la Protección Animal (Anpa).

para evitar que rompan los huevos o se dañen entre ellas? Y ¿qué sucede con el descome del ganado? Quienes lo hacen afirman que es por su bien, pues de lo contrario los animales corren el riesgo de herirse entre ellos, pero resulta que el proceso es tan agresivo que muchos colapsan ante el dolor. Se hacen estudios para demostrar que con el uso de analgésico el animal supera este proceso mucho mejor, entonces rápidamente se concluye que se debe usar analgésicos para esos procedimientos. Nadie se cuestiona si el proceso *per se* debe seguir, ni tampoco el hecho de que si los animales se hieren se debe a situaciones de hacinamiento o de convivencia que violenta su naturaleza. Y, por supuesto, está el sector productor que no acepta con facilidad cambios en sus rutinas si éstos van a significar más gastos o más trabajo. Hasta que la justificación de la mejora en el bienestar animal no demuestre un ahorro difícilmente aceptan implementarla.

Entonces surge la duda de si el bienestar animal es una realidad o una simple ilusión. La posición antropocentrista del ser humano y su supremacía autoimpuesta limita fuertemente la capacidad de ponerse en el lugar del *otro*, pero más que eso está la incapacidad

real de saber qué necesita, desea y siente el *otro*.

Hasta la fecha, los grandes cambios que se han efectuado se basan en estudios biológicos y hasta químicos, donde los incrementos y descensos de ciertas sustancias químicas en el cuerpo del animal determinan los niveles de dolor que el ser humano considera pueden ser catalogados en una escala de 1 a 5. Si no muestra reacciones químicas es que no hay dolor, y muchas veces éstas son las respuestas que justifican crueldades indescriptibles.

La convivencia con animales, el consumo de “animales-comida”, el uso de animales para el trabajo, son indiscutiblemente situaciones que gobiernan los seres humanos. Sin embargo, al haber cada vez un grupo más grande de activistas que desean disminuir esa brecha de abusos entre ambos animales, surgen conceptos como *bienestar animal* que desatan una serie de movimientos, discusiones, análisis y reflexiones. Sin duda, estas reacciones están impregnadas de interdisciplinariedad, de una interacción obligatoria si se quiere avanzar en el tema, pero desgraciadamente eso aún no garantiza que el bienestar animal sea real.

[Inicio - Siguiente](#)

Avance y riesgos en creación de vida artificial

KEILOR ROJAS

Hace algunas semanas se publicó en la Revista *Science* de Estados Unidos el artículo titulado “Creación de una célula bacteriana controlada por un genoma sintetizado químicamente”. Era de esperar que la noticia hubiera causado mayor revuelo por el impacto que tiene en la biología y la biotecnología. Sin embargo, apenas ha tenido algún eco en la prensa mundial y local a pesar de los potenciales beneficios que tendrá.

El equipo de investigación liderado por el Dr. Craig Venter, del instituto que lleva su nombre, reportó el diseño, la síntesis y el ensamblaje de un genoma bacteriano de alrededor de 1.000 genes que denominaron *Mycoplasma mycoides* JCVI-sync 1.0.

Este genoma fue luego trasplantado exitosamente en células de *Mycoplasma capricolum* para crear nuevas células controladas enteramente por el cromosoma sintético.

¿Cómo lo lograron? El proceso inicia con el diseño *in silico* de lo que se quiere hacer, es decir, se puede tomar información de bases de datos públicas de genes y, mediante una computadora, hacer la distribución respectiva de cómo se quieren ordenar los genes, qué proteínas se quieren expresar e, incluso, se le puede agregar información extra que sirve de identificadores únicos, como por ejemplo el nombre y hasta la dirección de correo electrónico de quien hizo el diseño. Posteriormente, esta información se remite - puede ser vía internet- a compañías que realizan el servicio de síntesis química de las cadenas de ADN utilizando sintetizadores automáticos. En este caso, se

El autor, biólogo, es profesor en la Universidad Nacional (keilorrojas@yahoo.com).